

Administración de la memoria

Antonio Navalón

La preservación de la memoria histórica es una de las tareas fundamentales de los pueblos. El crítico de la cultura y explorador del mundo contemporáneo Antonio Navalón reflexiona en este texto acerca de una tarea fundamental de la España actual: negar el olvido y mantener vivo el recuerdo de la Guerra Civil Española.

La historia del mundo, es obvio, se construye sobre el eje de la memoria, pero a ésta la administran los poderosos; por eso a veces tardamos siglos en comprender incluso hechos evidentes. Por ejemplo, que África es un continente poblado por seres humanos; que no hay lugar de América donde se maldiga y se sufra en el idioma de Cervantes que no sea hijo del olor a carne quemada de la Inquisición; que en América como en España el Estado portaba la cruz del Dios verdadero y todo tenía que ver con sus designios, que suelen coincidir con los de quienes gobiernan.

En España se sufrieron trescientos años de vergüenza. Guerras civiles, falta de respeto a los derechos humanos, ausencia de instituciones, miedo al balance. El vaivén histórico colocaba a los españoles de uno y otro lado de la tapia del cementerio y al final, como escribió León Felipe, “aquí el hacha es la ley... el hacha es la que triunfa”. Ahora, tras treinta años de luna de miel con la civilidad, los derechos y la tolerancia, es imposible tratar de reconstruir la memoria histórica y distinguir qué debemos entender y qué no debemos olvidar sin empezar en España y terminar en España. A la memoria no la pueden tapar ni las magníficas cifras del desarrollo, ni la condición de ser por primera vez un país democrático, ni ser

ejemplo para Latinoamérica del buen hacer de partidos y congresos.

Han pasado treinta años desde que se celebraran por primera vez elecciones libres y democráticas. Treinta años desde que el odio y el hacha parecían formar parte del pasado. Treinta años desde que España pasó de ser maldrastra a ser ejemplo. No fue la República, pero sí la nación, la democracia, la libertad. Sin ese carácter es imposible siquiera proponerse entender crímenes como los de la ESMA o Pinochet, o cómo se llegó a la conclusión de que se puede romper las manos a los enemigos, como a Víctor Jara, y borrarlos de la faz de la Tierra, pues nunca debieron haber existido. Eso se llama “razón absoluta” y uno la tiene cuando Dios está de su lado.

¿Por qué los ejércitos, después de comulgar, sienten que pueden masacrar a sus pueblos? Solemos centrarnos en el sufrimiento de las víctimas e indignarnos en abstracto contra los asesinos, pues la cara de un ejército es siempre difusa. Lloramos a nuestros muertos y no sepultamos a quien los mató.

La memoria exige no solamente tratar de saber qué hicieron los demás, sino qué hicimos nosotros. Cuando intentemos explicar a nuestros hijos qué hacíamos cuando oíamos los alaridos de las víctimas al ser sacadas de sus



Picasso, *Guernica* (boceto 12), 3 de mayo de 1937

casas, los pasos de los verdugos resonando en los rellanos de las escaleras, mientras conteníamos la respiración y mirábamos hacia otro lado, estaremos confesando nuestra cobardía y probablemente nos sea útil recordar este poema del alemán Bertolt Brecht:

Primero cogieron a los comunistas,
y yo no dije nada por que yo no era un comunista.
Luego se llevaron a los judíos,
y no dije nada porque yo no era un judío.
Luego vinieron por los obreros,
y no dije nada porque no era ni obrero ni sindicalista.
Luego se metieron con los católicos,
y no dije nada porque yo era protestante.
Y cuando finalmente vinieron por mí,
no quedaba nadie para protestar.

España es un país que no solamente tiene que recuperar su memoria, la histórica y la otra, España debe res-

ponderse además tres cosas muy importantes: ¿la conquista de un régimen democrático fue también el fin de la impunidad?, ¿puede haber fin de la impunidad sin castigo? y ¿de verdad fue un mal menor construir democracias formales sacrificando los contenidos morales de las heridas de las sociedades?

Los votos sepultan la vergüenza. El debate no es sobre si la democracia es mejor o peor —la duda ofende—; el debate es sobre el precio de las democracias. En España y en América, desde México hasta Argentina, se ha tenido que vivir con perdón y olvido, y eso produce sociedades que arrastran como alma en pena la sensación de algo pendiente: los asesinos quedan impunes. Por eso en cualquier momento, incluso cien años después, será posible volver a la quema de libros, la persecución racista y el asesinato en nombre del Dios verdadero.

En el siglo xx, luego de que las ideologías desaparecieran y asesináramos a la utopía por las conquistas de la

¿Acaso la bondad de los muertos, los de antes
y los que se hacen del nombre de
los de antes, forma parte del único elemento
de cohesión política de los pueblos?

socialdemocracia, nacieron las *transiciones*; Por qué hay transiciones? Porque por primera vez hay algo físico que perpetuar: las transiciones son la conservación de los pisos, que al final significan el equilibrio social de los pueblos.

Las revoluciones fracasaron, pero al menos son hijas de la utopía; las transiciones son hijas del conformismo y con ellas vino el gran aplazamiento de la memoria.

En el verano de 2006, a setenta años del inicio de la Guerra Civil, comenzamos a arrojarlos los muertos a la cara y a hacer gala de memoria. José Luis Rodríguez Zapatero, sin duda uno de los más bien intencionados gobernantes que nunca tuvo España, puso en marcha un programa de memoria histórica. Él pensaba que terminados los asuntos terrenos y ordenados los derechos civiles de los españoles, quedaba pendiente saber quién mató a quién y quién fue víctima de quién. Buscó buenos y malos más allá de los vivos para ser generosos perdonando y para atribuir responsabilidades históricas al final del día. Naturalmente, comenzaron a aparecer las esquelas, con setenta años de distancia... las familias en cuarta o quinta generación recordaban a sus muertos. Eso podría resultar hasta piadoso y constructivo, si no hubiera sido precedido por expresiones como “asesinado por las hordas rojas” o “fusilado por las masas fascistas”.

La memoria emerge siempre por encima de los sueños y aparece más poderosa. Siempre nos hemos consolado pensando que hay que tener valores, y siempre ha habido un mercado que les ha puesto precio. España, la democrática, la ejemplar, la que inunda de quehacer democrático a Chile, a Argentina, a Perú, está desenterrando a sus muertos y recuperando la memoria porque necesitan desgranar el rosario de su verdad. Ahora, dónde irán las teorías que sustentan que paro, inestabilidad económica y miseria producen el nacimiento de regímenes no democráticos —que pueden ser de extrema derecha o extre-

ma izquierda—; España, la democrática, la ejemplar, está desenterrando a sus muertos y recuperando sus memorias.

¿Quién gobierna a los países? ¿Acaso el verdadero gobierno es la administración de la memoria? ¿Acaso ésa es la explicación de dos mil años del poder de Roma? ¿Acaso la bondad de los muertos, los de antes y los que se hacen del nombre de los de antes, forma parte del único elemento de cohesión política de los pueblos?

La memoria ha jugado a manifestarse impuesta por la fuerza o manifestada desde la bondad del corazón. En el caso español, por primera vez las víctimas pidieron perdón a los verdugos y en el recuerdo de la guerra encontramos, amparados en el dios miedo, las razones de Estado para ser buenos, democráticos, dialogantes y tolerantes, hasta que empezamos a plantear el nivel de brutalidad concreta de cada una de las partes y descubrimos que la España de siempre estaba dispuesta a dejar que los españoles administraran sus actividades sexuales, sus matrimonios, sus sindicatos y sus partidos políticos como quisieran, pero no a que administraran a los mártires, a los muertos, a las víctimas y a los verdugos.

Hoy, además, es imposible ocultar nada en el mundo en el que vivimos, antes era una decisión colectiva y política que no supiéramos, ahora, es una opción individual. A partir de aquí será una posición absolutamente personal y habrá que hacer frente a las grandes realidades históricas.

¿Dónde acaba la responsabilidad? ¿Es legítimo para los sefarditas conservar su llave de Toledo y seguir odiando a la reina católica, o deben centrar su odio en el último asesino terrorista que volatilizó en el último café al último palestino?

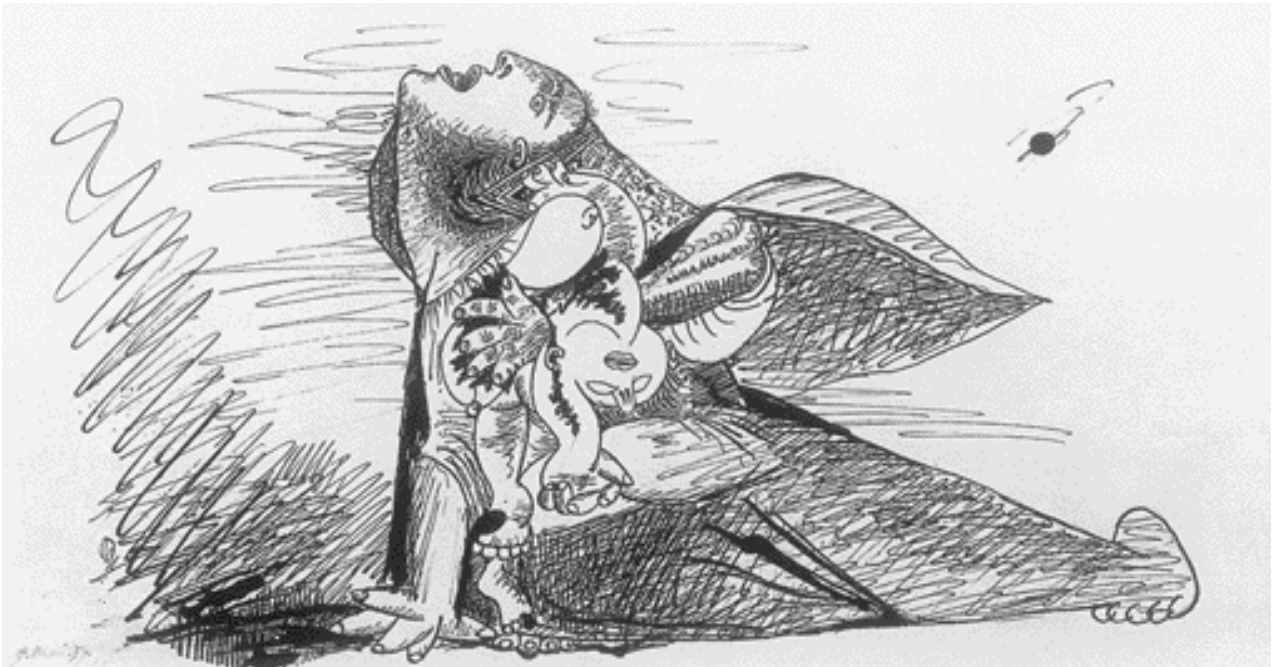
Se recuerda, se rememora, se aprende, se estudia para aprender y se aprende para rectificar y se rectifica para no repetir. Hay una memoria, la que ahora mismo se está



Picasso, *Guernica* (boceto 10), 2 de mayo de 1937



Picasso, *Guernica* (boceto 6), 1 de mayo de 1937



Picasso, *Guernica* (boceto 14), 4 de mayo de 1937

levantando, que es peligrosa y al final del día lo único que hace es poner límites al caudal de los sentimientos. Varias generaciones y setenta años después de los asesinatos, alguien siente algo en nombre de los muertos, pero esos muertos siguen abriendo heridas.

La memoria es una parte fundamental del conocimiento humano pero no debe ser considerada únicamente parte formal de la liturgia democrática: obligatoriamente la memoria significa y representa querer un mundo mejor.

Al mundo le costó cerca de cien millones de muertos y un siglo de horrores instalar en su lenguaje términos como crímenes contra la humanidad, genocidio, tratado contra la tortura... Signos de que la sociedad había comprendido que debía poner coto a la destrucción masiva o toda la humanidad sería borrada. Y en ello fue determinante la memoria colectiva. Toda memoria que no signifique una enseñanza viva no vale para nada. Si no sirve para evitar la impunidad, no sirve para nada.

¿Qué hemos aprendido? Hace poco, en los actos conmemorativos del Holocausto, supervivientes y bien intencionados nos reunimos para decirle al mundo que no debe olvidar; que en el Holocausto morimos todos. Que hemos aprendido. Que para eso sirve la memoria.

En esta época en la que la suma de todos los medios hacen que nuestras barbaridades locales sean insignificantes en relación al horror global, es una buena ocasión para abrir el armario de los muertos y sacar del clóset aquellas cosas que supimos que cambiamos simplemente por miedo o porque a los muertos ya no los podíamos recuperar, sin embargo, al dejar a los muertos dos veces muertos, en la vida y en el recuerdo, abríamos el camino para los muertos que les seguiremos. **U**

Este texto forma parte del libro *Políticas de la memoria. Tensiones en la palabra y la imagen*, Sandra Lorenzano, Ralph Buchenhorst editores, Universidad del Claustro de Sor Juana/Editorial Gorla, México/Buenos Aires, 2007.

Se recuerda, se rememora, se aprende,
se estudia para aprender y se aprende para
rectificar y se rectifica para no repetir.